



## Apuntes sobre el libro de Henry Kissinger *On China*<sup>1</sup> *Notes on Henry Kissinger's "On China"*

Es común insistir, a estas alturas del siglo XXI, que la comprensión de China y su papel en el sistema internacional es fundamental para los estudiosos de las relaciones internacionales. Ya no hay espacio para esas visiones sesgadas que pretendían minimizar el peso de China en el sistema internacional, como si se tratara de un país excéntrico y residual. No hay análisis serio de la realidad internacional de este siglo que no parta de la premisa de que China representa un actor de primer orden. No hay, por ejemplo, región del mundo que no tenga una interacción fuerte con el coloso asiático. Por sus dimensiones representa ya la segunda economía del mundo y en prácticamente todos los temas de la agenda internacional (desde el cambio climático hasta la salida de la crisis económica), el punto de vista chino es fundamental. De hecho, algunos observadores de la escena internacional han sugerido que la clave de la gobernabilidad del sistema mundial en los años por venir dependerá de un entendimiento entre Washington y Pekín: El G2.

Aunque para algunos esta posibilidad de un mecanismo bilateral es todavía prematura, algunas señales ya se perfilan con claridad. Durante la fallida COP 15 (celebrada en Copenhague en 2009) se popularizó la idea de que el destrabar las negociaciones para el horizonte post Kyoto dependía de un acuerdo del G2, que no es otra cosa que el entendimiento entre Pekín y Washington. El G2 no resolvió nada y la cumbre fue un fracaso, pero la proyección de poder del coloso asiático (y su responsabilidad global) ya era inocultable. Un par de años antes, al constatar la creciente interdependencia de las dos economías, el historiador Niall Ferguson acuñó el poco eufónico término Chimerica<sup>2</sup> para subrayar el peso conjunto que en el ámbito demográfico, pero sobre todo económico y financiero representaban las dos potencias. Para muchos estudiosos de las relaciones internacionales, el rumbo que adquiera el sistema mundial en los próximos años estará condicionado por el tipo de relación que se establezca entre las dos potencias del Pacífico. Por lo tanto, las relaciones de China con la potencia hegemónica son un capítulo fundamental de las relaciones internacionales de nuestro siglo y por ello el libro que nos ocupa me parece tan relevante.

<sup>1</sup> Kissinger, Henry, *On China*, New York, 2011. The Penguin Press. 586 pp.

<sup>2</sup> Ver Ferguson, Niall. *The Ascent of Money. A Financial History of the World*, New York, 2008. The Penguin Press, pp. 334 y ss.



Henry Kissinger (ex Secretario de Estado (1973-1977) y artífice del acercamiento de los Estados Unidos a China), tiene en América Latina una muy mala imagen. La principal razón es su involucramiento en uno de los períodos más negros de las relaciones interamericanas. Su nombre está asociado a los llamados “regímenes de seguridad nacional”, eufemismo empleado para sostener gobiernos autoritarios que en nombre de la lucha contra el comunismo, desataron feroces represiones y suprimieron (por la vía de los golpes de Estado) regímenes constitucionales democráticamente electos. El más emblemático de todos fue el de Salvador Allende en Chile. No es fácil, por lo tanto, digerir al personaje como si sólo fuese un mago de la estrategia y un erudito en política internacional. Es imposible aislarlo de toda esa historia, pero no por ello se puede ignorar su valiosa participación en el proceso de descongelar las relaciones de los Estados Unidos y China, que es el tema central del libro.

El libro tiene un enorme valor, tanto para quienes ya han profundizado en las relaciones sino-norteamericanas, como para quien se sumerge por primera vez en el tema. Antes de entrar a los temas neurálgicos, vale la pena señalar que el texto de quien fuera titular del Departamento de Estado en la administración Nixon/Ford, combina (en sus casi 600 páginas) tres géneros diferentes pero que se acoplan razonablemente en el volumen.

En primer lugar, tenemos las memorias de un político que tuvo el privilegio de vivir en primera línea la conducción de la diplomacia estadounidense en el apogeo de la Guerra Fría desde dos plataformas extraordinarias: Consejero de Seguridad Nacional y jefe de la diplomacia estadounidense. No nos detendremos en esta reseña en la descripción del paisaje estratégico de los primeros años de la década de los setenta, solamente recordaremos que es el auge de los autoritarismos en América Latina, la inflación galopante en las economías de occidente, producto entre otras cosas, del incremento de los precios del petróleo y por supuesto la guerra de Vietnam, uno de los conflictos más largos y complicados (por las implicaciones geopolíticas para los Estados Unidos, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y China) del siglo xx.

Con la guerra de Vietnam como telón de fondo, una renovada lectura de las relaciones entre Washington y Pekín se abre paso con contundencia en la interpretación de Kissinger. Es interesante constatar cómo los múltiples ajustes territoriales que China había sufrido en la segunda mitad del siglo xx<sup>3</sup> y que por debilidades estructurales no había podido revertir, refrescan el pensamiento

<sup>3</sup> Lutwak recuerda que entre 1960 y 1965 China firmó tratados de fronteras con Birmania, Nepal, Corea del Norte, Mongolia y Afganistán. Ver “Por qué China no será la próxima potencia mundial, pero cómo podría serlo”, en *Vanguardia*, Dossier, número 40, julio-septiembre de 2011.



estratégico tradicional de China y por una combinación de factores Pekín identifica al enemigo capitalista (Estados Unidos) como un factor equilibrador regional en Asia ante la temible expansión moscovita. El régimen de Mao ya había expresado su desconfianza respecto de los apetitos asiáticos del Kremlin y no se llamaba a engaño al identificar que el viejo imperialismo ruso había encontrado en la ideología comunista un taimado mecanismo para la injerencia en terceros países. El gran timonel (Mao Zedong) profesaba la ideología comunista, pero era también conocedor de una centenaria cultura estratégica china. En consecuencia, sabía que los dos instrumentos fundamentales para establecer relaciones con las potencias extranjeras eran por un lado, la ideología y por el otro, el interés nacional en su sentido más directo. Con la URSS, el camino de la ideología lo llevaba a compromisos asfixiantes y la mejor forma de contenerlos era desplegar una alianza pragmática con el enemigo ideológico.

En un célebre discurso pronunciado en 1950 por el titular del departamento de Estado, Dean Acheson eludía alguna responsabilidad en la guerra civil china y adelantaba que en el largo plazo la verdadera amenaza para la autonomía e independencia de ese país sería la URSS y no los Estados Unidos. De forma visionaria, sugería que las relaciones sino-americanas deberían prescindir de las irreductibles confrontaciones ideológicas y conducirse por el carril del estricto interés nacional de los dos gobiernos. 20 años después la historia le daría la razón a Acheson.

En efecto, en los primeros años de la década de los setenta se sientan las bases de un proceso de convergencia de intereses entre los Estados Unidos y China, que aunque incomprensible desde una óptica ideológica, resulta ampliamente benéfico para los gobiernos de Mao y Nixon. El libro es pródigo en detalles curiosos sobre los códigos de comunicación diplomática y los intercambios de mensajes a través de terceras personas y países. De particular interés resulta la utilización de canales no formales (como las entrevistas con determinados periodistas) para enviar mensajes precisos. El afamado periodista Edgar Snow entrevistó en varias ocasiones al gran timonel, quien entre líneas fijaba posturas que eran decodificadas por el departamento de Estado. La preparación de la visita de Nixon a China en 1972 es la parte estelar del libro. El hecho es tan relevante que hasta una ópera (de John Adams) se ha compuesto recreando la visita que coronó el largo proceso de acercamiento entre los Estados Unidos y China.

Si el lector tiene la paciencia de leer más de un centenar de páginas (en las que Kissinger se dedica a cantar alabanzas a sí mismo), podrá espigar una gran cantidad de rasgos psicológicos de Mao, de Nixon, de Chu En-Lai y también del propio Kissinger. El ejercicio vale la pena.

Además de las memorias del diplomático, el libro tiene una vocación



explicativa de la historia política china y de su cultura estratégica. Páginas de enorme valor explican largamente la forma en que China se percibe a sí misma y los elementos fundamentales de su relación con el mundo. Es interesante notar que China es uno de los pocos países del mundo que no reconoce una fecha inaugural, un punto de arranque de su propia conciencia como entidad diferenciada. Desde la antigua Roma, que reconocía su fundación ligada a la leyenda de los gemelos y la loba capitolina y la ubicaba como el punto de partida su calendario, hasta las modernas repúblicas latinoamericanas que recientemente celebraban sus bicentenarios, todos los Estados reconocen una fecha de inicio a partir de la cual empiezan a contar su propia historia. China, por el contrario, se asume a sí misma como eterna. El país que siempre ha estado allí, el reino ubicado en el centro del mundo. No es Kissinger el primero en hacer notar esta característica, pero me parece innegable conceder que la disquisición sobre el mito de los orígenes, le confiere al texto un comienzo espectacular que atrapa al lector en una apretada (pero muy sustanciosa) colección de generalidades sobre la doctrina de Confucio y los distintos sistemas de transliteración del chino a las lenguas occidentales.

En la leyenda del emperador amarillo, asumido como el primer gobernante reconocido, está implícita la idea de que China ya existía previamente y que las fuerzas que dirigen la historia de esa nación son independientes de la voluntad o la impericia de algún gobernante. La concepción china de su propio devenir se acopla a una constante histórica que considera la continuidad del propio Estado como algo natural. Los períodos de desunión y guerra son percibidos como una anomalía e incluso una aberración. Esta forma de verse, contrasta con la de países (como el nuestro) en los que la guerra y la división son una constante y la aspiración permanente es la unión y la continuidad. Esta forma de relacionarse con la historicidad no solamente existe en el plano de las ideas y los valores. Para un chino promedio del siglo XXI, la idea de continuidad estriba en la posibilidad de leer textos escritos en la era confuciana, con la naturalidad con la que nosotros leemos a Lope de Vega. En nuestra historia, por el contrario, el pasado es en gran medida una incógnita. Los mexicanos de este siglo seguimos ignorando casi todo sobre la forma en que se organizaban políticamente los olmecas y por supuesto la mayoría somos incapaces de interpretar los glifos mayas, como un chino descifra los ideogramas del siglo IV. Para un chino, la historia es presente y futuro, para nosotros es, en gran medida, un pasado mítico pero ininteligible.

Es asombroso constatar cómo la percepción china de su propia historia nos remite a un continuo fluir, dando así una prodigiosa sensación de armonía secular. El reino central se concibe a sí mismo como el centro del universo, circundado de bárbaros con los que es necesario tratar de manera segmentada



y discontinua, de manera que los pueda utilizar a unos contra otros y así garantizar que el gran jugador del tablero internacional es siempre el dirigente chino.

Kissinger asume que la China de Mao hereda (y refleja) esta larga tradición cultural y por ello puede sobreponer la ideología comunista a esos valores y sus instituciones tradicionales. De manera creativa, el autor argumenta que la cultura estratégica de China no es igual a la que predomina en Occidente. Según Kissinger, la particularidad idiosincrática china puede entenderse si se comprenden las reglas de la lógica interna de un juego de mesa llamado *wei qi*. Éste se basa en circundar estratégicamente a los oponentes y mantener una especie de coexistencia en perpetuo combate sin proponerse la destrucción total del oponente, sino maniobrar con su debilidad hasta conseguir una mejora en las propias posiciones estratégicas.

A diferencia del ajedrez (en donde el objetivo fundamental es comerse al rey para dar la partida por terminada) en el juego de prestigio chino, la clave es conservar la superioridad estratégica sin aniquilar al rival. En otras palabras, no se trata de una lógica en la que el ganador se lleva todo y el contendiente lo pierde todo, sino un principio de equilibrio en el cual el ganador concede ciertas ventajas a alguno de los jugadores para compensar así las que otro de los jugadores podría tener y de esa manera ubicarse en condiciones de desafiar la propia posición. Es una especie de búsqueda permanente del equilibrio, utilizando las propias capacidades para conseguir que los otros actúen voluntaria o involuntariamente en la forma que más convenga a los propios intereses. En resumen, según el autor, el objetivo central del pensamiento estratégico chino no es (a diferencia del occidental) conquistar y subyugar otros pueblos, sino aprovecharse de las diferencias y rivalidades para alcanzar los propios objetivos.

Durante muchos siglos la civilización china permaneció aislada. Desde las primeras décadas del siglo xv el emperador renunció a las capacidades navales desarrolladas en siglos anteriores. Según nuevos indicios los chinos alcanzaron tierras lejanas. Autores (como Gavin Menzies) han profundizado en los viajes del almirante Zhen He, sugiriendo que pudo llegar hasta tierras americanas. La evidencia que aporta es circunstancial, pero la hipótesis ha conseguido excitar la curiosidad de muchos lectores en todo el planeta. Mucho nos faltan por saber sobre la claudicación china a proyectar su poder naval como presumiblemente pudo hacerlo. En todo caso, la consecuencia de renunciar a ello ha sido analizada en libros tan influyentes como el de Paul Kennedy (sobre el auge y caída de las grandes potencias). Sea cual sea la razón por la cual el emperador decidió renunciar al poderío naval y convertir a su reino en una potencia continental, el efecto conseguido fue doble. Por un lado, se produce el asilamiento centenario de China y por el otro, se abre un espacio



para que los europeos desarrollen sus capacidades navales y se aventuren (a finales de ese mismo siglo) a conquistar los mares y por esa misma vía a imponer la civilización occidental a pueblos y naciones de otros continentes.

Además de renunciar a su expansión naval, China se mantuvo aislada por la combinación de otros factores geográficos ampliamente conocidos. Por una parte, gozaba de una –prácticamente– impenetrable cordillera del Himalaya y por el otro, estaba rodeada de una zona desértica que permitía aislarla de otras culturas orientales. La parte norte, poco habitada, no era todavía objeto del apetito expansionista de los zares. El aislamiento chino se mantuvo durante casi 400 años, los necesarios para que la expansión europea llegara a sus costas con un voraz apetito comercial. Es particularmente interesante el análisis histórico que hace Kissinger de la misión británica encabezada por Macartney, cuyo objetivo fundamental era establecer una relación diplomática permanente entre Pekín y Londres. Los británicos desplegaron todos sus encantos para conseguir el reconocimiento diplomático. Para apoyar su petición, Macartney se hizo acompañar de numerosos exponentes de la ciencia y la tecnología, incluso algunas expresiones artísticas formaban parte de su embajada para rogar al soberano que reinaba en el más civilizado de los países del mundo, que reconociera al rey Jorge como un par y poder así intercambiar embajadores. Que un país reconozca al otro es el elemento clave para establecer relaciones. El excepcionalismo chino, adocenado por siglos de aislamiento, se negó de plano a aceptar la propuesta británica.

El proceso es digno de estudio, pero en sustancia el emperador y su burocracia notificaron al enviado de su majestad británica su imposibilidad práctica de enviar embajadores en misión a Londres o a cualquier otro reino del mundo. La negativa tuvo consecuencias devastadoras. Desde 1834 Gran Bretaña decidió impulsar el comercio con el apoyo de las cañoneras. El resto de la historia es muy conocido: la implantación británica en Hong Kong y la Guerra del Opio son los rasgos más sobresalientes.

A lo largo del siglo XIX, China experimenta la penetración occidental en condiciones humillantes. El orgulloso imperio del centro del mundo se veía obligado a otorgar múltiples concesiones a británicos, franceses, americanos y portugueses, ávidos de disfrutar de los beneficios que ofrecía el comercio con el Lejano Oriente. La erosión del poder central y la penetración extranjera ponían al emperador en una pendiente de declive que se reforzaba por el avance de dos nuevos desafíos externos: el primero es la expansión rusa hacia Siberia y el segundo es la emergencia de Japón como potencia industrial. La expansión japonesa hacia el continente puso fin al último de los emperadores de la legendaria China.

En 1949 se instaura la República Popular sobre los cimientos de la



República proclamada (en 1912) por Sun Yat Sen. El régimen comunista dirigido por Mao consigue restaurar la autoridad central del Estado mediante una combinación de pensamiento político tradicional y materialismo histórico de corte marxista. La ideología comunista del nuevo régimen inclinaba la balanza hacia la Unión Soviética, pero al mismo tiempo el interés nacional chino identificaba la expansión del imperio soviético como la principal amenaza geopolítica para la integridad de China en el mediano plazo.

Una buena parte del libro descansa en identificar esta contradicción de fondo que es la que alienta el acercamiento con los Estados Unidos. La visión de Mao estaba en la encrucijada de las tradiciones de pensamiento estratégico chino y el comunismo internacional. El interés nacional de la República Popular China resultaba incompatible con la visión soviética del mundo. Para los dirigentes del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética), los países comunistas pasaban a cumplir una función subordinada de los dictados del Kremlin, desde donde se dirigía la estrategia global para derrotar al capitalismo. En otras palabras, pasaban a ser satélites de un gobierno que se asumía como el centro de la galaxia. Ese orden internacional podía ser tolerable para Rumania, Hungría, Cuba o Angola, pero resultaba absolutamente contradictorio con la forma en que Mao percibía el interés nacional de China y su papel en el sistema internacional.

China desarrolló entonces movimientos estratégicos para salir de esa paradoja. El primero es impulsar el tercermundismo y el no alineamiento. En ambos planteamientos subyacía la necesidad de un espacio de autonomía y evitar el sometimiento a la línea de Moscú. El segundo es el corazón del libro, y era buscar un acercamiento con los Estados Unidos para contener la influencia de la Unión Soviética en las tierras asiáticas.

Los Estados Unidos vieron en ese dilema chino una coyuntura favorable para reconciliarse con Pekín. A pesar de la irreductible postura de ambos sobre el caso de Taiwán (que en principio se ubicaba como el principal escollo para materializar un acercamiento entre los dos países), el proceso empieza a ponerse en movimiento. Kissinger no se inhibe en presentar de la manera más favorable su propio trabajo diplomático que puede juzgarse con imparcialidad por otros protagonistas y estudiosos del proceso; de lo que no cabe duda es que Kissinger es uno de los pocos políticos norteamericanos que logró captar el modelo de negociación oriental, los mensajes cifrados que los dirigentes chinos ponían sobre la mesa y que hacía falta interpretar mediante una cuidadosa paleografía diplomática para no cometer errores fatales. Largas, pero no carentes de interés, son las páginas en las que explica la complejidad de armonizar los objetivos de política externa con las particularidades de los regímenes políticos estadounidense y chino, respectivamente.





Otra aportación apreciable del libro es la descripción de los estilos de liderazgo de Mao y Deng Xiaoping. Este último consigue romper con la ortodoxia marxista sin quebrar la unidad política del gobierno de la República Popular. Ante esa nueva realidad político-ideológica, plantea a la burocracia el hecho consumado de que la estabilidad dependía de liberalizar su economía y garantizar un proceso de apertura “pacífica” al mundo. Las particularidades de China le han permitido no solamente superar el colapso del comunismo a escala global, sino dar un gran salto cualitativo en el sistema económico, manteniendo las bases de control político del régimen comunista. Las vertiginosas tasas de crecimiento económico de los últimos años, han convertido a China en uno de los motores más importantes de la economía capitalista global.

La interpretación de la historia se expresa en la memoria de una nación. Es discutible desde la perspectiva occidental de los valores, pero para una generación de dirigentes y ciudadanos chinos, los períodos de crisis coinciden con el colapso de la autoridad central y por ello, pese a las presiones aperturistas como las planteadas en la plaza de Tiananmen en 1989, los dirigentes se encastillan tratando de resistir la oleada de críticas de occidente y por supuesto aquéllas que desde los Estados Unidos se formularon en la prensa y el Congreso. La lógica profunda de la decisión china fue mantener sin fisuras, a pesar de la tormenta y el colapso soviético, el poder del Estado. La (éticamente discutible) decisión de no atender las demandas de apertura de los manifestantes resultaba impecable desde la lógica de la razón de Estado. El gobierno puso sobre la balanza el interés inmediato para salir del atolladero coyuntural y la presión interna y externa con las consecuencias que esto pudo tener en el debilitamiento de la autoridad de un Estado altamente centralizado. Tiananmen quedó atrás y el gobierno chino reforzó su capacidad de gobernar y desplegar una de las reformas económicas más impresionantes que la historia haya registrado.

El último capítulo propone un análisis de los derroteros que en este siglo pueden tomar las relaciones entre el nuevo gigante económico chino y la potencia triunfadora de la Guerra Fría. Kissinger opta por emplear el análisis estratégico que se desprende del memorando Crowe. Como es sabido, ese documento tiene como tema de fondo una pregunta clásica de los estudios estratégicos. El dilema parte de preguntar si la hipótesis de una guerra entre Alemania y Gran Bretaña (que se materializó en la Primera Guerra Mundial) era evitable si operaban de manera simultánea en Berlín y Londres diplomáticos cautos y hábiles operadores políticos. O bien, como suponían los partidarios de un análisis estructural, el desarrollo de Alemania, desde la formación del Estado prusiano, hasta su expansión naval y sus aspiraciones coloniales la ponían en ruta de colisión con los intereses británicos. La confrontación no obedecía,





en resumen, a impericias políticas, sino a una secuencia de decisiones nacionales que cada país tomaba para fortalecer sus propios intereses y que los ubicó en una trayectoria que los condujo inexorablemente a la guerra. ¿Ocurrirá lo mismo entre China y los Estados Unidos?

El autor advierte sobre las consecuencias funestas que tendría un enfrentamiento entre las dos potencias. En las condiciones actuales y considerando la estructura económica y social, así como el nivel de ingreso y desarrollo humano de los dos países, la ruta del conflicto no es inminente, pero las fricciones son cada vez más visibles. En el plano económico y comercial, el poderío chino empieza a generar mayores tensiones en temas como la sobrevaluación de su moneda y la extendida práctica de la piratería comercial. Es probable que a medida que el producto de China pese más en la economía mundial se multipliquen los reclamos. ¿Comprenderá el gobierno chino que tiene que ceder en ese terreno a alguna de las peticiones occidentales?

De igual manera, la presión sobre China como gran emisor de gases de efecto invernadero tenderá a crecer en función de la importancia que ese país tenga en el comercio mundial. Pekín sabe que no puede seguir ocultando su condición de potencia económica y eludir responsabilidades planetarias como si fuese una economía residual. China es la segunda economía del planeta y sus responsabilidades en reducir el calentamiento global, serán crecientes y pueden generar enfrentamientos que muevan otros resortes y compliquen el paisaje estratégico.

Los Estados Unidos han reforzado su alianza con la India para equilibrar el poderío chino en Asia, pero en donde se percibe un incremento de las tensiones es en el desarrollo del poderío naval chino y el control del océano Índico. El tema ha sido muy bien puesto en perspectiva en un par de artículos de Robert Kaplan.<sup>4</sup> La expansión del poder naval chino puede, con facilidad, convertirse en una amenaza para algunos de sus vecinos y obligar a los Estados Unidos a establecer un límite que puede tener consecuencias imprevisibles, porque no está claro que una China empoderada acepte de buen grado las limitaciones externas.

La interdependencia que genera la economía global reduce las posibilidades de un conflicto bélico, pero la historia nos enseña que siempre hay un espacio para lo imprevisible y que los comportamientos políticos no siempre son racionales, en muchos casos (y más en los períodos de crisis) se alimentan también de emotividad y de temores. Esos impulsos pueden apartar a las potencias de su objetivo estratégico, que en el caso de China se formuló como

<sup>4</sup> Kaplan, Robert: "The Geography of Chinese Power", en *Foreign Affairs*, May/June. 2010.



“el crecimiento pacífico” es decir, no convertirse en una amenaza militar para ningún otro país. Sin embargo queda abierto el tema del poderío militar, que hoy por hoy no representa un desafío directo a la supremacía americana, pero hay gestos y capacidades (como el caza J20 que según algunos observadores militares, excede en capacidades al F22) que pueden desembocar en signos agresivos que desencadenen comportamientos de confrontación.

El gran desafío, dice Kissinger, es evitar que ese escenario de confrontación inexorable se convierta en una profecía auto cumplida. El trabajo diplomático y la cooperación pueden abrir un espacio para que las dos potencias cohabiten y empujar las cosas en todos los frentes con la esperanza de que al final todo salga bien, pero con la conciencia de que también puede salir mal, por aquello de que la lógica de la estrategia es paradójica y en muchos casos, termina por ser conducida por impulsos emotivos y nacionalistas que prefieren perseguir lo que consideran más justo (desde su lógica nacional) en vez de trabajar en el plano de las garantías a los restantes países para evitar que ocurra el conflicto. La historia está por escribirse.

Kissinger, Henry, *On China*, The Penguin Press, New York, 2011, 586 pp.

**Leonardo Curzio**